

Artículo de Miguel de Unamuno en la Revista «Lecturas» en Enero de 1902 Su crítica literaria sobre el libro «**Vivos Tilingos y Locos Lindos**» de Francisco Grandmontagne

Pero antes tenemos que dar paso de nuevo a D. Miguel de Unamuno quien en «La Lectura» de Madrid, escribe en enero de 1902, este magnífico y delicioso artículo:

«Tres estudios de Grandmontagne.

“Vivos. Tilingos y Locos Lindos”.

Por Francisco Grandmontagne. Buenos Aires. 1901».

«Y bien, ¿qué es esto? —dirá el lector—. Esto son tres estudios que valen por muchos volúmenes: tres estudios metidos en un librito muy pequeño, y a los que únicamente perjudica su título. ***Este es el libro moderno de más enjundia y más meollo que he recibido de América. Y uno de los libros de mayor contenido y de más fuerza que he leído, en español, en estos años***».

A Grandmontagne deseo dedicarle un estudio, a él y a sus obras. Empezó en «**Teodoro Foronda**», una novela en dos tomos, en que hay cosas muy buenas enterradas en un relato difuso y gárrulo a las veces; de ella a «**La Maldonada**», en un tomo, hay gran distancia, y la hay, aunque muchísima menor, de «**La Maldonada**» al librito de que trato. Parece que a medida que ha ido reduciendo el espacio material que sus producciones ocupan, ha ido espesando su espacio espiritual; nadie diría que el autor de aquellas tiradas de «**Teodoro Foronda**» sea el de las frases densísimas y preñadas de idea del estudio sobre los «vivos», de estas frases de que el contenido ideal rebosa.

Naturaleza de luchador la de Grandmontagne, ha luchado con la lengua consiguiendo hacerse una propia y personal, briósísima, de una concisión notable, una prosa que recordaría a la de Baltasar Gracián, a quien Grandmontagne admira, si no fuera porque es mucho más clara que la del conceptista aragonés. Mas en prueba de su analogía con Gracián, léanse estas sentencias: «quieren traer el porvenir al día, en lugar de estirar el día al porvenir»; «la viveza es rica de pobres cosas»; «nuestra meta está en la punta de dos dedos»; «hay que saber «comerse a sí mismo, para estar siempre cuerdo».

¿Cómo ha podido formarse en Buenos Aires este hombre, sentencioso a lo Séneca, conceptista también, y de ingenio paradójico? Y cuenta que no

digo esto en son de reproche, porque me encanta la paradoja y la creo el modo más penetrante de presentar la verdad. En todo este librito se ve que Grandmontagne, que proclama a Schopenhauer y Nietzsche los «reyes de la especie pensante», es un hombre que lucha por la personalidad, ¡nobilísimo combate, contra la rutina, la vulgaridad, el achatamiento, la viveza y el «tilingüismo».

«Tres son los sustanciosísimos estudios que este pequeño volumen contiene. El primero, «Los vivos», es un estudio de lo que llamaríamos los listos, los vividores, los agudos. La viveza «es el bajo similor intelectual y moral venciendo al oro puro de las facultades más altas»; «el despejo vence al talento, el listo al sesudo, lo curvo a lo rectilíneo, lo blando a lo duro», nadie persigue aquí el triunfo duradero, conformándonos con la hazaña, caricatura de la victoria», siendo la hazaña «ave de uñas largas y alas cortas». Mas... ¿cómo extractar este estudio si es un extracto todo él, extracto lleno de fuerza y de pasión? Lleno de fuerza y de pasión, porque se ve que Grandmontagne odia al vivo cuya confianza de ascensión «está en la uña y no en el ala», de modo que nadie sube volando, sino gateando. Sí, tiene razón: «hay algo más despreciable que el imbécil: el vivo». ¡Qué profundo, sobre todo, qué profunda y qué exacta esta observación! «La viveza es humilde con todos los rangos, menos con el rango intelectual. El vivo sólo es capaz de una fuerte pasión: ¡el odio al inteligente!». Y después de esta robusta y violenta diatriba, de este embiste dado al vivo por un hombre que declara no ser capaz de manchar su corazón ni sus manos «con inmundo papel sellado», después de esta arremetida, aconseja Grandmontagne al lector inteligente que utilice su inteligencia para crearse en su fuerte talento una cualidad perversa con que cazar al vivo sus vivezas, y que cayendo sobre él, por entre sombras y a desplegadas alas, como el águila sobre la ardilla, le apriete las garras a la garganta y le estruje y ahogue para que no se pueble la atmósfera social de mentiras y menudas hazañas. ¡Qué falta nos hace en España esta caza al vivo! Porque el vivo es de aquí como de todas partes; de aquí más que de otras muchas, y no creo lo que en el artículo «Maíz y politiza» de su libro «Prosa rural» nos dice Martín Gil de que la política que llama criolla sea «mal propio, exclusivo, característico de nosotros los americanos del Sur, producto de ese prójimo, muchas veces bueno y que tanto abunda en todo el Sud-América, llamado con respeto, cuando no con admiración, “hombre vivo, hombre diablo” digno de un profundo estudio psíquico». ¡Cuántos «hombres vivos», traviesos. conozco en España, donde también padecemos política criolla!

«Los «tilingos» no son menos conocidos. Dice Grandmontagne que hay en el frondoso castellano un equivalente exacto de tilingo», recordando inocente, tonto, simplón, aguachirle, pazguato, y proponiendo como

denominación más parecida la de «pavisoso». Si al vivo lo odia, al tilingo lo desprecia Grandmontagne. Hay menos virulencia y más gracia en este segundo estudio, que en cuanto se refiere a las relaciones entre el tilingo y la mujer es de una muy penetrante y fina observación psicológica. El pasaje de los amores, llamémoslos así, entre el tilingo y la tilinga «violeta de farmacia, de colores desvaídos y muerto perfume, llena de anemia, a quien sólo levantan de su perpetuo desmayo las sales volátiles», es de un cómico muy subido. ¿Y qué decir del tilinguismo literario? El tilingo «ama la literatura decadente por ser la forma en que pueden despacharse los que quieren decir algo sin tener nada que decir: nuestro decadentismo simboista es puro tarareo de tilingos... su lactancia intelectual se nutre tan solo de los calostros, de la flor de la leche, del periódico de «boulevard» parisiense». Leyendo esto, recordaba cierto número dedicado por una revista argentina a su director, un poeta, con ocasión de haberse publicado un tomo de versos de éste, número en que varios amigos del festejado la declaraban, en sendas apologías, poco menos que genio, y en que, para corroborarlo sin duda, se insertaba un poemita del apologizado que era, y es, el más soporífero e inaguantable tejido de vaciedades y simplezas sin originalidad ni poesía alguna. Lo mejor es dejarlos, amigo Grandmontagne, porque sí. Grandmontagne es amigo y paisano mío, y «honni soit qui mala y pense».

Hay en este estudio un interesantísimo «Intermezzo» acerca de las diversas causas que, según su autor, obran en la Argentina en contra del talento sólido y robusto. Son la altura del cielo, el excesivo predominio del dinero, la degeneración del tipo de largo abolengo criollo, el prurito de universalización, «de lo cual tiene la culpa esta Buenos Aires que Dios incendie para salud de la República Argentina», el desenfreno voluptuoso («El amor ha de ser frescura y no calcinación, abril y no agosto, ternura y no furia, serenidad dulce y no arrebató, fusión y no posesión»), y la flojeza de la hortaliza, pues «la virginidad de la tierra, su mollar excesivo, hace aguchento al zapallo y a nosotros con él», debiendo esperar a que la tierra se canse «para que sus frutos ganen en sustancia lo que en abundancia pierdan». Y luego la emprende contra Buenos Aires, «segunda ciudad latina», orgullo de los mentecatos, de los «tilingos», abundando en el sentido ruralista de Martín Gil, el de la «Prosa rural». No sé hasta qué punto sean verdaderamente causas de lo que supone Grandmontagne las que por tales causas presenta; no conozco aquel país más que por los libros y referencias orales; pero en cuanto puedo así juzgar noto, en efecto, alguno de esos males, como el prurito de universalización buscado por extraviados senderos, cuestión de que he tratado en la prensa misma argentina.

«El tercer estudio, «Locos lindos», es, en el fondo, una apología de éstos, o por mejor decir de cierta clase de ellos; es acaso, más en el fondo aún, una calurosa defensa de algo que siente Grandmontagne en sus propias entrañas, de algo mal domado por la vida social moderna.

Y todo ello un libro fuerte, revulsivo, vigoroso, lleno de amargas verdades, y que revela ¿por qué no le he decir, digan lo que quieran?, al vasco que despierta a nueva vida. La obra de Grandmontagne me revuelve el poso de la casta; con otros jóvenes paisanos míos de acá, de esta banda, me parece allá, en la otra banda del Océano, un forjador de nuestro nuevo espíritu. Y si el lector cree que la amistad y el paisanaje y cierta consonancia y semejanza entre nuestros respectivos modos de pensar, sentir y escribir puede forzar mi juicio en este caso, lea «Vivos, tilingos y locos lindos», lea «La Maldonada», y verá si hay o no motivo para ensalzar a Grandmontagne y pedir que le hagamos uno de nuestros autores favoritos, no español ni argentino, sino de aquí y de allá y de todas partes. Porque Grandmontagne, formado, ¡claro está!, con la lectura de todos los grandes pensadores y sentidores, de los pueblos y tiempos todos, no pertenece a lo que podríamos llamar escuela española neta ni a la afrancesada, no aspira a castizo —aunque lo sea en el más hondo sentido— ni reduce a París el Universo, sino que ve y siente el país en que vive, y sabe buscar en lo local! y circunscrito lo universal y de todas partes, y en lo actual lo eterno. Estudia y trabaja y se labra, día tras día y golpe a golpe, su originalidad, buscándola en la contemplación de la naturaleza y la vida que le rodean, y en la meditación de las obras de los grandes maestros. Tiene sus preferencias, que aparte de los preferidos por todos, como Shakespeare o Goethe, con Schopenhauer, Nietzsche. Carlyle, Juan Pablo, y entre los españoles (muertos). Gracián y Ganivet, ¡pobre Ganivet! Es una de las cosas que más me gustan en Grandmontagne, espíritu admirativo, noble y sin mezquindades de «vivo», el culto que profesa a aquel gran espíritu tan a destiempo perdido para nosotros.

Hay en el estudio sobre los tilingos un hermoso comentario a aquella aseveración de «Pío Cid», «el héroe de la admirable novela de Ganivet». de que «el disparate reflexivo y meditado es tan digno de respeto como la idea más sensata». La ignorancia y la poquedad espiritual del tilingo le quitan todo derecho al disparate, dice Grandmontagne, añadiendo: «No le es permitido salir de la vulgaridad de la lógica común. Se respetan los disparates de Hamlet, no los de Bertoldo. El que tiene alas y vuela, puede permitirse en el aire, sobre las más altas atmósferas, alguna pirueta ilógica, volar boca arriba, por ejemplo: pero el que solo por el suelo anda, deben guardar sus pasos la regularidad del ritmo general. Ejemplo: el andar de los cangrejos, que son animales de paso más original». Con este pasaje de Grandmontagne, que creo necesario citar aquí, debía

dar por terminada esta más que nota bibliográfica: pero quiero antes declarar que si acaso se notase en ella cierto apasionamiento, no se extrañe nadie de ello, que al fin y al cabo no soy un marmolillo ni entiendo esto de la crítica como función de grave magistrado inconvencible, y Grandmontagne me gana la afición, pues aborrezco como él la vivocracia y el tilingüismo y lamento esa insoportable atmósfera de ramplonería que nos ahoga y esa cobarde hipocresía que a la opilación mental llama sensatez, y equilibrio de mente a la estabilidad pétrea. Creo que en cuanto a saber hay en España bastantes personas que saben, bastantes intelectuales, pero muy pocos espirituales.

Y a propósito, antes de acabar, aunque he llamado «estudios» a los tres trabados que ha reunido en un volumencito Grandmontagne. no por eso vaya a creerse que le tengo a éste por un sabio, no. no le hago tal ofensa. Porque a unos se les adula y a otros se les rebaja llamándoles sabios. Grandmontagne no se limita a saber: piensa, y lo que vale aún más, siente, ve y crea.

Enere. 1902»

En realidad todo lo dice Unamuno en este muy bonito artículo. ¿Analiza como nadie la personalidad literaria de Grandmontagne respecto al cual! y a aquélla dedica párrafos del más sincero y ardoroso elogio.